

Grupos de Discipulado — Nivel 7
SEMANA 1
Examinando Mi Vida: Mi Liderazgo Espiritual

Durante esta próxima ronda de discipulado, seguimos examinando nuestras vidas para asegurarnos de que permanecemos en la fe, como dice 2 Corintios 13:5: "Examinense para saber si su fe es genuina. Pruébense a sí mismos." ¡Así que eso es lo que estamos haciendo! Esta vez va a ser un poco diferente a la última ronda de discipulado. Esta vez haremos el discipulado específicamente para hombres y para mujeres separadamente. Así que esta enseñanza está diseñada específicamente para los hombres y las cosas que pensamos y con las que tratamos.

Esta primera sesión trata sobre nuestro liderazgo espiritual como hombres. Este es un tema muy amplio, y en los pocos minutos de este vídeo es imposible cubrir todo lo que se podría decir. Sin embargo, empezamos con una rápida orientación sobre dónde comienza nuestro liderazgo espiritual: empieza primero, entregando nuestras vidas a Jesús, y luego, hay decisiones que debemos tomar sobre cómo vamos a vivir nuestras vidas en Cristo. No hay espacio para la pasividad. El hombre pasivo respecto a su fe es aquel que nunca crecerá hasta convertirse en el hombre que Dios le ha llamado a ser, y que, en consecuencia, nunca liderará espiritualmente en ninguno de los círculos de influencia para los que Dios le ha creado.

La realidad de cómo Dios diseñó la vida es que nosotros, como hombres, debemos ser los líderes espirituales de nuestros hogares. Demasiadas veces renunciamos a este papel por diversas razones—algunas de las cuales tienen que ver con no cuidar nuestra vida espiritual o con no tomarla tan en serio como deberíamos.

Tan seguro como un atleta que deja de entrenar se ve reducido en su capacidad física para destacar en su deporte, una vida espiritual debilitada producirá un liderazgo espiritual debilitado en nuestros hogares. Como hombres, Dios nos ha creado con grandes capacidades con las que, con demasiada frecuencia, tendemos a ser más cohibidos. Quizá sea por ignorancia o por una terrible sensación de fracaso. Tal vez por delitos que hemos cometido en el pasado, o miedo a fracasos que podrían ocurrir si asumimos plenamente nuestro papel que Dios nos ha dado.

En el principio, Adán fue creado antes que su esposa, y fue creado para amar, servir y proteger a su esposa, y ella fue creada como alguien que se uniría a su lado. Cuando la serpiente engañó a la mujer, el hombre falló en todos los aspectos: en guiar, defender, cubrir, proteger y redimir a su esposa—fue el primer fracaso del hombre en la historia del mundo. Me pregunto si eso tiene algún efecto en nosotros como hombres a través de las largas generaciones desde Adán hasta hoy. Mientras que Adán falló en su supervisión espiritual en el jardín, hay una renuencia entre los hombres a asumir la plena autoridad espiritual en nuestras vidas y familias.

Al entrar en nuestra autoridad espiritual, primeramente tenemos que decidir qué tipo de personas vamos a ser—y no me refiero a cristianos o no cristianos; me refiero a ser cristianos productivos y fructíferos, o a alguien que vive de forma pasiva y deja que su fe se vuelva infructuosa. Escucha esta parábola que contó Jesús:

«¡Escuchen! Un agricultor salió a sembrar. A medida que esparcía las semillas por el campo, algunas cayeron sobre el camino y los pájaros vinieron y se las comieron. Otras cayeron en tierra poco profunda con roca debajo de ella. Las semillas germinaron con rapidez porque la tierra era poco profunda; pero pronto las plantas se marchitaron bajo el calor del sol y, como no tenían raíces profundas, murieron. Otras semillas cayeron entre espinos, los cuales crecieron y ahogaron los brotes; pero otras semillas cayeron en tierra fértil, ¡y produjeron una cosecha que fue treinta, sesenta y hasta cien veces más numerosa de lo que se había sembrado! El que tenga oídos para oír, que escuche y entienda».

Hay cuatro tipos de tierra que representan el alma huana, y cada persona tiene que decidir cuál va a ser. La primera es totalmente dura. Hay una parte de nosotros que necesita proteger nuestro corazón para que no se endurezca. Puede haber indulgencia con el pecado, u orgullo que, con el tiempo, nos endurece para recibir más de lo que Dios tenga para nosotros. Es doloroso ver cómo hombres buenos, que realmente aman a Dios, se vuelven infructuosos en sus familias, iglesias y vidas espirituales debido a un orgullo duro que les impide arrepentirse, recibir, ser instruidos, ser humildes y crecer en la Palabra de Dios. No podemos permitir esta actitud y debemos de guardar el corazón con mucho cuidado

El segundo y tercer tipo de tierra son igualmente peligrosas para todos nosotros—porque tanto en la tierra rocosa como en la que está llena de maleza, ¡AMBAS realmente escuchan y reciben la Palabra de Dios! No lo rechazaron; ¡Lo aceptan con gusto e incluso empezaron a crecer!

Los hombres con suelo rocoso son aquellos que reciben la Palabra de Dios con alegría y empiezan a crecer, pero carecen de profundidad; Son superficiales. Están contentos simplemente con escuchar y crecer un poco. Creen y luego no hacen más que un simple discurso de palabra. No existe una vida de disciplina, compromiso total o integración en la familia de Dios. Hay algo de crecimiento, pero su crecimiento NO LE ES SUFICIENTE COMO PARA SOSTENERLO—no hay suficiente vida arraigada en Jesús y en la Palabra de Dios para que pueda resistir las dificultades y tribulaciones de esta vida. Es el hombre que, tras confesar su fe, se enfrenta a las realidades de la vida y decide que Dios le hizo mal. El hombre piensa que, “Al fin y al cabo, ¿no debería ser más fácil? ¿No es Dios bueno, y aún así he pasado cosas duras y malas?” Se marcha en su ignorancia y orgullo, y nunca llega a ser fructífero, pero la fe que tuvo se marchita.

El otro tipo de tierra es la que tiene malas hierbas. Ocurre lo mismo: la Palabra de Dios es recibida, la tierra es mejor que la rocosa, y las raíces pueden incluso empezar a profundizar, y el hombre se está haciendo cada vez más fuerte. Crece y su fe incluso

podría empezar a brotar con frutos. Pero también se permite que las malas hierbas crezcan en la tierra junto a la planta—las preocupaciones de esta vida; Las adicciones, el afán por el dinero, el exceso de trabajo—todo eso se interpone en nuestro crecimiento de la fe y ahorca cualquier tipo de fruto que hubiéramos tenido.

Pero somos muy buenos en poner excusas para ello: bueno, soy un hombre y hago lo que tengo que hacer. Pero la realidad es que nuestros ojos están en otro lugar, nuestras prioridades en otro lugar, nuestros corazones en otro lugar, y la fe que tenemos se ahoga por muchas otras cosas que compiten por nuestra atención y afecto. El hombre decide que hay demasiado que hacer, y que seguir a Jesús es muy difícil y ocupa demasiado tiempo. El fruto que crecía, que era rico hacia Dios, es reemplazado por los frutos temporales y mucho menos satisfactorios y que realmente no nos aportan nada.

Lo que Dios busca es el fruto de nuestra fe, el fruto de una vida espiritual dinámica y vital con el Poder del Espíritu Santo y la presencia viva de Jesucristo. Es tan fácil convertirse en una planta infructuosa, y luego acabamos engañándonos a nosotros mismos, creyendo que estamos en la fe cuando en realidad hay poco o nada de fruto. Si Dios es el agricultor y su Palabra es la semilla, pero la semilla ni crece ni da fruto porque otras cosas tienen prioridad y nos están ahogando la vida de Dios, ¿entonces realmente podemos decir que seguimos en la fe?

Así que nuestro liderazgo espiritual comienza con nuestra vida espiritual y con asegurarnos de que no dejemos crecer malas hierbas con las preocupaciones de esta vida, el engaño de las riquezas y la lujuria que están ahogando la vida de Dios en nosotros, de modo que el fruto que tenemos muere o terminamos sin dar fruto. Esto es cierto no solo para un creyente nuevo, sino también para un creyente a largo plazo. Así como una planta chiquita puede morir, también puede morir una grande—solo que tarda más—pero puede morir igualmente y perder el fruto que una vez tenía.

Es una verdad difícil de aceptar, pero es necesaria. Nuestra vida de adoración consiste en tomar a Dios en serio como rey sobre nuestra vida, así que debemos examinarla para asegurarnos de que es agradable al Rey. Hay que llevar un corazón que no se endurece y que se mantiene limpio de piedras y malas hierbas.

Nuestro liderazgo espiritual lo ejercemos en nuestros hogares y en nuestra iglesia. Dios creó a la mujer y a nuestros hijos para responder al liderazgo y la cobertura masculina. Dios se la ha dado a los hombres. Las mujeres no deberían cargar con el peso de esto, y lo hacen cuando de alguna manera hemos abdicado de ese papel. Hay cuatro áreas de liderazgo que brindarán a nuestras familias una sensación de seguridad que nosotros, como hombres, hemos de proveerles. Primero: seguridad financiera—que estamos trabajando duro para sostener sus vidas.

Segundo: seguridad emocional: que estamos disponibles para ellos y que no nos desconectemos de ellos cuando llegamos a casa. Tercero: seguridad física: que se

sientan físicamente seguros con nosotros y que no les impongamos nuestra fuerza con ira e intimidación.

Y cuarto: seguridad espiritual. Se podrían decir muchas cosas sobre cada una de esas categorías, pero nos estamos centrando en lo espiritual. Tu esposa y tu familia necesitan que seas el líder espiritual del hogar. No hay nada tan poderoso como cuando el hombre de la casa toma el mando espiritual.

En primer lugar, estamos dedicando tiempo a Jesús personalmente y orando por la familia. No hay nada que haga crecer nuestra vida y liderazgo espiritual más que tomarte tiempo para estar con Jesús. Habla con Él, y deja que te hable. ¡Lee tu Biblia! Crecer en Jesús no ocurre por sí solo: es una decisión que tienes que tomar.

En segundo lugar, hay que mantener la vida limpia. Esto requiere mucha intencionalidad y responsabilidad personal entre hermanos. Esto es difícil en los tiempos en los que vivimos, pero solo seremos tan responsables como queramos—nadie puede obligarnos—tenemos que querer serlo. Quiero animarte a que encuentres otro hermano que sea fiel y digno de confianza para orar juntos sobre cosas en tu vida que están fuera de orden, cosas con las que luchas y cosas que solo necesitan que la oración cubra.

En tercer lugar, tenemos que poner a Jesús como prioridad en la vida de la familia por encima de todo. La iglesia no es una actividad demás, es esencial para quienes somos como pueblo de Dios. Cuando surgen otras cosas, la iglesia no es lo primero que se deja de lado.

Estas son algunas formas muy sencillas de empezar a ejercer nuestra autoridad espiritual. Empecemos por decidir que Jesús es el Rey. Luego, decidimos que vamos a vivir según lo que Él dice y a participar en las cosas que mantendrán nuestras vidas limpias y en crecimiento.

¡Dios les bendiga, y nos vemos la semana que viene!